

reseña de libros

Deborah Kruel

Ramón Illán Bacca

Plaza y Janés, Bogotá, 1990. 190 págs.

Deborah Kruel, novela del escritor samario Ramón Illán Bacca, es un trozo de la vida de una ciudad costeña ligeramente monarquista y decadente, en la que las personas decentes prefieren "estar muertas en París que vivas aquí". El trasfondo histórico es la 2a. guerra mundial y la decadencia de la industria bananera. La intriga gira en torno a un grupo social superior europeizante y germanófilo, que lee "El Siglo", añora a Panamá y considera a López como masón y criptocomunista. En ese grupo se teje una red de espionaje pro-nazi cuya principal misión es dar apoyo logístico a los submarinos alemanes que operan en el Caribe. Pieza deslumbrante de esta red es Deborah Valdez, mejor conocida como Deborah Kruel.

Hay que decir la verdad pero que parezca mentira, dice un escritor argentino citado por R. H. Durán. Exactamente la impresión de una fábula afiebrada es la que deja *Deborah Kruel*, pero que intriga, preocupa, hace meditar, hace sonreír, rompe esquemáticas, muestra a la gente como es. Es su capacidad de captar la ambigüedad de los códigos sociales, su plurisignificación, las corrientes y contracorrientes que producen diferentes interpretacio-

nes y sentidos a los hechos de la vida, lo que le da su vitalidad y su tono a la novela.

En el capítulo II se le brinda un banquete al general Cortés Vargas después de que éste arregló los asuntos con la plebe bananera. El general desdén a abrir el baile con la Sra. Thomas y prefiere a Deborah, todavía casi una niña pero ya deslumbrante con su vestido de reminiscencias egipcias. El general no se acompasa y termina la pieza algo corrido. La fiesta entra en ebullición después de que Deborah canta *Tóquenme el trigémino*, mientras que la gente sin importarle la ira del Sr. Obispo le contesta *Tóquemelo usted!* Pero la fiesta acaba en desastre por un supuesto envenenamiento del general Cortés Vargas (en realidad un ataque de amibas estimuladas por la cerveza), detención de los organizadores —el papá de Deborah entre otros— y la orquesta *La Tayrona Jazz Band* termina tocando *El tambor de la alegría* que era el himno de los huelguistas. Y aunque aquí no hubo masacre (palabra que no se usa en el texto) sí hubo muerto, el papá de Deborah, Sócrates Valdez, que murió de infarto en un simulacro de fusilamiento.

Primera descodificación. Se espera la unanimidad de las clases propietarias alrededor de su héroe pacificador y éstas terminan gritándole "Çafarote, cachaco inmundo". La paranoia del poder, los instintos militares, las adhesiones estrepitosas y la cerveza Nevada produjeron el choque. Una frase rotunda resume el sentimiento general: "Para la gente bien, esto está invivible. Huelgas y faltas de respeto. Definitivamente nos regresamos a Bruselas" (p. 21).

El tema humorístico, irónico, burlón, 'superficial', es la cerveza Nevada, la culpable del desastre. En un momento dado se discute "si esta cerveza era superior o no a las alemanas. Nemesio Correa casi se va a los puños con Aquileo Olmos por sostener que ésta en ninguna forma se podía comparar con la producida en la 'montaña sagrada de Andechs'" (p. 20). Esta sería una nota de composición y de estilo. El tema menor que anima y alumbraba, contrapuntea y se ríe. La cosa es seria pero parece broma.

La frase 'montaña sagrada de Andechs' en sí misma es una burla a los conocimientos cervancieros y capacidad metafórica de don Aquileo, pero también expresa su germanismo, sugiere que ha viajado por esos lados, el hecho de que no cree que en ninguna parte fuera de Andechs se producirá la verdadera y real cerveza, cierto neoplatonismo porque supone que hay una cerveza esencial en Andechs, la protocerveza. Una nota de lenguaje expresa toda una configuración cultural.

Pero antes surge una duda. El general no está totalmente identificado con la United, la Yunai. Desdeña a la Sra. Thomas para abrir el baile con Deborah, lo que prueba que el general tiene por lo menos buen gusto, aunque después no baile bien. Esa es una conducta inesperada, una percepción no homogénea del personaje. El hecho de que el general no baile bien se aprovecha para deslizarse esta frase: "Posiblemente el general preferiría en ese instante seguir recorriendo la zona en persecución de los que por decreto había denominado 'cuadrilla de malhechores' que seguir en el desacuerdo de ese interminable vals" (p. 19). La descontextualización contextualizada. Esto es bárbaro pero exacto. I. Se hace un baile en honor del general Cortés Vargas. No estamos habituados a asociar a Cortés Vargas con un baile. Sin embargo es muy lógico, se le hacen banquetes a los vencedores. II. Como vencedor Cortés Vargas desdeña el protocolo obligado, y abre

el baile con "la más bella flor de la fiesta" Deborah. Es prerrogativa de los vencedores al menos bailar con las más bonitas y simbólicamente la sociedad samaria le está ofreciendo a su salvador una merecida recompensa: la bella Deborah. III. Ya cuando esperamos el triunfo social del general, éste se desacompa, pierde el ritmo, da saltitos. Bailar mal es un fracaso social, sobre todo en la costa y aunque uno sea general; este fracaso social, despierta el eco del triunfo militar pero digamos fracaso moral e histórico de Cortés Vargas. IV. Deborah se apodera de la fiesta, el general y el obispo quedan marginados, lo que es toda una prefiguración de la ulterior vida de Deborah, espía y lujuriosa. V. El general retoma la preeminencia, el poder, con motivo del supuesto veneno, pero a costa de su fracaso social, vituperado por los "orgullosos bananeros".

Quedamos en que Bruselas es el destino de la "gente bien". Una amiga de Deborah cuenta cómo cumplieron ellas ese destino: "Deborah sabía hablar perfectamente el alemán. Pero como usted no debe saberlo, le cuento que a su madre Germania la nombraron secretaria de nuestra embajada en Alemania cuando los militares mataron a Sócrates, el papá de Deborah en lo que se ha llamado un malentendido" (p. 35). Los sinuosos caminos de la vida; como decía Maquiavelo, las gentes olvidan más fácilmente la muerte del padre que la pérdida de la herencia, y en este caso la muerte fue parte de la herencia. El cuerpo diplomático es uno de los más agradecidos de la república, rara vez le duele algo.

Hay una anomalía en el nombre de la novela, *Deborah Kruel*, yo diría seleccionado para espantar lectores fáciles, de esos que se aterran con títulos como "*el beso de la mujer araña*", que nos remite a los comics, a los héroes del bajo mundo de la literatura, de esos que si uno se los encuentra en un sueño no se extrañaría. La palabra Kruel tiene mucho de retorcido y de ridículo, algo de banal y pueril, posiblemente hay que pronunciarla como lo haría un agente de CAOS, con una errre muy larga y gutural. Sin embargo se sitúa en una tradición respetable, la de las novelas con nombre de mujer, *Eugenia Grandet*, *Amalia*, o *María*. El apellido Kruel actúa como una burla, una ironía que subraya la determinación de Deborah de imponer su propio estilo y modo de ser, pero sin tomarlo demasiado en serio, levemente, un desplante.

La voz que narra la novela permanece innominada. Se da a conocer en los episodios en que aparece

Gunter Epiayú compilando los materiales para su novela. Observa al joven Epiayú batirse en la búsqueda de sus fuentes de información; toma nota de sus estados de ánimo y explica ciertos problemas, por ejemplo: "(Gunter trató de encontrar el resto del expediente, pero era imposible: el comején había hecho desaparecer hasta la más mínima huella...)" (p. 163); o "(Gunter apagó la lamparita al lado de la cama y durmió plácidamente como hacía meses no lo hacía)" (p. 182). Digamos que esta voz es omnisciente respecto a Gunter, conoce todo lo que le pasa, pero su intervención es muy limitada, muy discreta; simpatiza y compadece al mismo tiempo las ambiciones y los ímpetus de gloria del joven Gunter, como gusta llamarlo. Su relación con Gunter es como la del escritor maduro con el principiante, quiere permitirle que se luzca un poco, pero ¡se le notan tanto las debilidades!

El trabajo de compilación, la investigación minuciosa de archivos "(Gunter en el depósito de periódicos de la biblioteca departamental, un lugar oscuro, sólo alumbrado por la luz que da una pequeña claraboya, con las paredes recubiertas de telaraña y con la compañía obligada del comején, las cucarachas, el gorgojo y el ratón)" (p. 83), la búsqueda de testimonios, son cosas que hace el joven Gunter con la ilusión de que después no será sino juntar y armar y pegar... Así que gran parte de la novela está escrita en lenguaje, digamos, imitativo, simulador. Reproduce artículos de "El Sesquiaplano", "La Prensa", "La flecha azul", "Hojas parroquiales", "Bohemia", expedientes judiciales, un diario personal. Transcribe entrevistas a la Mona Navarro, Constelación Peñate y Adolfo Pacheco.

El estilo de estos testimonios es anacrónico; en ellos se utilizan giros, expresiones y palabras que no corresponden a la época. Es una imitación limitada, que se desnuda a sí misma por efecto del anacronismo y la exageración del tono y del gesto. Toda ficción posee su estatuto de verosimilitud que funciona como su soporte de realidad. Aquí tenemos una narración en constante conflicto con sus fuentes a las que recarga con exceso de pasión y color local. Como el encabezamiento de *El Sesquiaplano* 'No damos explicaciones. No aceptamos desafíos'. O este aparte de "la hoja parroquial" del padre Luis: "El complot masónico-judío-bolchevique para dominar el mundo tiene diversas formas de manifestarse, a veces las más sutiles. Su última forma de lucha es, ¿quién lo creyera?, el dominio de la mente y los corazones de las mujeres, por medio de algo muy

propio de la naturaleza de ellas como es la coquetería" (p. 89).

Las investigaciones del joven Gunter forman una de las líneas narrativas de la novela. La otra son los recuerdos de Benjamín Avilés, antiguo enamorado de Deborah. Ambos, Gunter y Benjamín, están marcados socialmente por carecer de padre; ambos sufrirán una dolorosa iniciación, Gunter como escritor y Benjamín como enamorado. En el primer capítulo queda establecida la alianza entre estos dos personajes; Benjamín facilita información y contactos mientras Gunter queda encargado de "poner las cosas en orden". Benjamín es la memoria interior, quien vivió confusa, oscura y dolorosamente los acontecimientos. El joven Gunter es la memoria exterior, el compilador, el investigador.

El comienzo de la intriga lo proporciona Gunter con su inquietud por el *Stuka* (avión de guerra alemán) que apareció en la serranía de La Macuira; el comienzo de la historia lo indica Benjamín al señalar a Deborah Krueel como la clave de la guerra secreta que se desarrolló aquí durante la 2a. guerra mundial.

Mientras la participación del joven Gunter está mediatizada por el 'verdadero' narrador (Gunter ya maduro, digamos), con delicadeza, suavemente, sin intervenir mucho, la participación de Benjamín es directa, no hay mediación, no hay intervención del narrador, asistimos al fluir de sus recuerdos directamente. El flujo de la memoria es un recurso narrativo muy común ahora. Es peligroso porque hay una intimidad muy grande con el personaje, y es muy difícil no caer, por ejemplo, en el voyerismo, en la fisgonería.

Es un flujo de la memoria, por otra parte, literario, no tiene la textura misma de los recuerdos ni trata de imitarla. El respeto a la intimidad del personaje está dado en función del estilo mismo de la escritura que incorpora con fluidez el referente imaginario de un muchacho algo inquieto y desasido: "De plantón. Y ella va caminando al camellón. Por ahí debe ir, cerca a su ventana. Llevará ese extraño atuendo que está dando de morder a todas las demás mujeres. Un 'sharong', eso es, así dijo el Momo se llamaba ese vestido. Y allí va ella, la extraña, la que se dice tuvo cuatro maridos, la que se habla tiene varios amantes, a la que condena el Padre Luis desde el púlpito llamándola 'Esa Jezabel', la que habla cinco idiomas, francés, inglés, alemán,

italiano, español, ¡ah! y el lenguaje de la vagina, como dijo mi tío Rito" (p. 25).

A medida que Benjamín va desenrollando sus recuerdos, se van intercalando los resultados de la investigación del joven Gunter. Son capítulos cortos, 9 páginas en promedio, en los que se condensan y mezclan episodios de la vida de la ciudad con vivencias de los personajes. Muestra, por ejemplo, cómo la guerra y la vida de la familia se impregnan de una atmósfera de recelo y suspicacia, los lazos de solidaridad y simpatía se rompen: la tía Dorita y el tío Rito, tan buena gente, denuncian al Sr. Benedetto, administrador del cine "Rex", como colaborador con el enemigo. Aquí se produce una crisis moral, de identificación, en Benjamín: "Por eso no quise mirar cuando el grupo de policías sacó a empujones al viejo Benedetto que lloraba cuando lo subieron a la lancha que lo debía transportar a Barranquilla para desde allí enviarlo a un campo de concentración en Fusagasugá; tampoco miré cuando el tío Rito, lleno de felicidad arrojó dos días después sobre la mesa de la sala un par de grandes llaves que indicaban que el nuevo administrador del teatro "Rex" era él. Los buenos y los malos, fácil definirlos, difícil reconocerlos" (p. 110).

Hay algo que parece forzado en la incorporación del elemento Mamatoco a la novela, parece una vuelta muy grande y complicada para justificar la muerte del policía Bochica, que tampoco va muy al cuento en el contexto de la narración. Aún así no es fácil darse cuenta porque, como toda la novela, está escrito con lengua afilada, salpicado de jugosos comentarios. Este episodio está narrado por el ex-mayor de la policía Adolfo Pacheco, "Pachecoff".

La novela *Deborah Krueel* es divertida. Entretiene. Siempre uno cree que es mentira y exageración lo que están diciendo ahí, porque lo dicen de una manera muy directa, superficial, familiar, desenfadada y venenosa y esa es una receta muy kitsch. El Kitsch es el gran telón de fondo de nuestra cultura; la lobería, el descaro, el arribismo, el mal gusto, y lo peor, seguir el molde. Hay que entrar a saco en el tejido cultural Kitsch, que es la modernidad vuelta cosa, lujo, adorno, distinción. *Deborah Krueel* se apodera de los códigos rutinarios y clisés, de las maneras de escribir del bajo mundo literario para erizarlas bajo el efecto de una mirada burlona y afectuosa.

GUSTAVO ARANGO RESTREPO